

CON EL PRETEXTO DE AMÉRICA

SOBRE LA ESCRITURA DE ENSAYO DE
JOSÉ MARTÍ, JOSÉ LEZAMA LIMA Y ALFONSO REYES

Antonio Lastra

*Tengo la impresión de que, con el pretexto de América,
no hago más que rozar al paso algunos temas universales*
ALFONSO REYES

Cuando los profesores Belén Hernández González y Vicente Cervera Salinas me invitaron a participar en un curso sobre *El ensayo como género literario*, me propusieron como tema ‘Alfonso Reyes en el contexto del ensayo hispanoamericano del siglo XX’, y con ese título, realmente intimidatorio, pronuncié una conferencia en el Aula de Humanidades de la Universidad de Murcia de cuyas notas proviene este artículo. Los profesores Hernández y Cervera sabían que yo no era ni soy un especialista, ni mucho menos, en la literatura hispanoamericana y que la dirección que han seguido mis estudios en los últimos años no podía, en apariencia, ser más desorientadora para el público: un lector de la escritura constitucional de los Estados Unidos era y es casi un enemigo en cualquier contexto hispanoamericano. Agradezco lo que considero, más incluso que una muestra de amistad o deferencia intelectual, un gesto de valentía por su parte, que han reiterado al pedirme que contribuya ahora a este libro. Sabía que tendría que hablar y escribir, en la medida de mis posibilidades, “sin malicia para nadie y con caridad para todos”, como habría dicho Abraham Lincoln, puesto que mi perspectiva era y es, efectivamente, la del arte de escribir nacido de la Declaración de Independencia y la Constitución americana. Vería necesariamente, al contrario que José Martí, “Nuestra América” con los ojos de los Estados Unidos. Al escoger a Martí y a José Lezama Lima como “contexto hispanoamericano” de Reyes, me inclinaba deliberadamente por cierta ética de la literatura y omitía a otros autores que, como Leopoldo Lugones o Pedro Henríquez Ureña o Jorge Luis Borges o José Bianco o Ezequiel Martínez Estrada u Octavio Paz o Mario Vargas Llosa o Carlos Fuentes o Enrique Krauze o Mario Benedetti o Nicolás Gómez Dávila o Juan José Saer, entre otros (al menos hasta donde llegaban mis lecturas), no eran suficientemente representativos, en mi opinión, a pesar de la indiscutible calidad estética o cultural de su obra, de la escritura de ensayo que yo quería poner de relieve o alumbrar en sus fuentes. Para un contexto mucho más adecuado del ensayo hispanoamericano remito al lector al artículo del profesor Cervera en este mismo libro, ‘Pensamiento literario en la América del siglo XIX’, con el que estoy en deuda por proporcionarme un buen “pretexto” hispanoamericano. El punto de partida, como se verá, es el

mismo en ambos: “Nuestra América” (una modificación aún utópica, según yo la interpreto, del preámbulo constitucional “We the People”). Confío en que este artículo procure, al menos, la continuidad de impresión con los demás capítulos de este volumen de ensayos sobre el ensayo que el gran ensayista William Hazlitt consideraba indispensable para que un escritor pudiera sentirse orgulloso.¹

Me gustaría añadir una justificación que yo no había previsto originalmente respecto al método empleado y su finalidad que, en mi opinión, ilustra parcialmente las transmigraciones que tienen lugar continuamente en el mundo de las ideas. Nadie —escribió Reyes— sabe para quién trabaja. Hace unos años traduje el ensayo de Leo Strauss *Persecución y arte de escribir*, una obra paradigmática de la literatura de exilio publicada en 1952. Por azar, regalé un ejemplar de mi traducción a un joven filósofo cubano de visita en España, cuyo nombre callo por discreción, y que a su vuelta a casa (él mismo también se encuentra ahora en el exilio) repartió clandestinamente copias de las páginas de Strauss entre los lectores cubanos, entre aquellos lectores, supongo, que Strauss habría juzgado, prudentemente, “inteligentes y dignos de confianza”. Lo he sabido hace muy poco. Cualquier lector de esas páginas —cualquier lector inteligente y digno de confianza— sabe lo que significan, si bien circula la idea de que Strauss es poco más o menos el Mefistófeles de la administración del presidente George W. Bush.² Me gustaría pensar que ciertas enseñanzas exotéricas, en condiciones de persecución (es decir, en condiciones que impiden la libre aparición de la palabra), podrían servir como un instrumento mucho más humano, digno y útil que cualquier procedimiento ideológico para rechazar la tentación de lo que el editor, y un americano libre, Pío E. Serrano, ha llamado “el mal inconfesable” de los escritores cubanos³ y que, me temo, es una perversión hispanoamericana mucho más extendida entre escritores a los que, aun concediéndoles que fueran inteligentes, tal vez no estimaríamos demasiado dignos de confianza. Jugaré con las palabras, no con las cosas, al decir que la república de las letras, a la que circunstancialmente han pertenecido algunos tiranos desde la antigüedad, no es mejor que el imperio de la ley, sobre todo cuando esa ley se ha escrito para que todos puedan leerla por igual. Un mundo de lectores —un mundo sin censura— es el único contexto verdadero de la literatura.

¹ Está previsto que este ensayo se publique muy pronto con el resto de materiales del curso.

² Véase, por ejemplo, ANNE NORTON, *Leo Strauss and the Politics of the American Empire*, Yale University Press, New Haven and London, 2004. (Debo al profesor Till Kinzel la noticia de este libro.) Contra esa idea, véase *Herencias straussianas*, ed. de J. Monserrat Molas y A. Lastra, Biblioteca Javier Coy d’estudis nord-americans, Universitat de València, Valencia, 2005. Strauss escribió: “Quienes sean capaces de un pensamiento independiente y sincero no podrán rebajarse a aceptar los puntos de vista patrocinados por el gobierno” (*Persecución y arte de escribir y otros ensayos de filosofía política*, ed. de A. Lastra, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1996, p. 76).

³ PÍO E. SERRANO, ‘El mal inconfesable. Una reflexión sobre los escritores cubanos’, en *Revista Hispano-Cubana*, 18 (Madrid, 2004), pp. 94-104. Martí solía repetir que “pensar es servir”.

Cualquier lector inteligente y digno de confianza sabe, sin embargo, que no es sencillo desprenderse de los prejuicios ni de las supersticiones en ninguno de los campos del conocimiento; constituyen, por así decirlo, el terreno abonado por una generación tras otra que vuelve una y otra vez a cultivarse. La cultura no se aplicaría con el mismo provecho a una tierra incógnita ni libre de cargas.⁴ Probablemente no haya otro prejuicio o superstición tan poderoso, y eminente en la literatura, como el mismo idioma: tendemos a pensar que compartir una lengua es algo más que una mera facilidad de la comunicación. De este modo, todo lo que estuviera escrito en español, por ejemplo, pertenecería a la comunidad lingüística que habla, lee y escribe en español más que a ninguna otra, como si esa comunidad poseyera el privilegio de la comprensión, una conciencia peculiar —según la moneda gastada de la hermenéutica— de la efectividad histórica.⁵ El “pretexto” del idioma, por otra parte, condicionaría cada uno de los textos imaginables y su recepción. Cervantes escribió en español: todos los que hablan, leen y escriben en español, hasta la última generación, estarán literariamente prefigurados o identificados en las páginas del *Quijote*. Dante escribió en italiano: todos los que hablan, leen y escriben en italiano, hasta la última generación, estarán literariamente prefigurados o identificados en las páginas de la *Comedia*. De ser esto cierto, no lo sería sólo desde un punto de vista literario: en su excelente examen de la Constitución de los Estados Unidos, el filósofo y jurista George Anastaplo observa que “la primera constitución, en el más amplio sentido del término, de los americanos es la lengua de los pueblos de habla inglesa”, y añade: “Esta lengua ha sido decisivamente formada, para cualquier propósito moral y político, por William Shakespeare y la versión del rey Jaime de la Biblia”.⁶

Ahora bien, según Anastaplo, la influencia de Shakespeare y la Biblia habría hecho difícil que la tiranía “hablara *persuasivamente* en inglés”.⁷ La tiranía es la negación suprema de la libertad, de todas las libertades y especialmente de la libertad de conciencia y expresión, de la *libertas philosophandi* tanto como de la *freedom of speech*. ¿Ocurre lo mismo con otras lenguas o esa diferencia específica es el prejuicio y la superstición más formidable de la cultura moderna, el prejuicio y la superstición respecto a la falta de persuasión de la tiranía y a la convicción de la libertad de los que ha nacido la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos y, en consecuencia, el constitucionalismo contemporáneo? La literatura socrática o la oratoria latina o buena parte de la filosofía medieval son viejos ejemplos de la

⁴ Thoreau evoca en *Walden* la antigua piedad de la agricultura y lamenta que carezcamos de un trasfondo adecuado en nuestras vidas.

⁵ Escribo esto mientras se celebra el III Congreso Internacional de la Lengua Española, cuyo lema, significativamente, es ‘Identidad lingüística y globalización’.

⁶ GEORGE ANASTAPLO, *The Constitution of 1787. A Commentary*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 1989, p. 1.

⁷ *Ibid.* La cursiva es mía. Esa persuasión es el hilo conductor de mis libros *La Constitución americana y el arte de escribir* y *Emerson transcendens* (Biblioteca Javier Coy d’estudis nord-americans, Universitat de València, Valencia, 2002 y 2004).

falta de persuasión del tirano. ¿Fueron persuasivos, por el contrario, Napoleón, Hitler o Stalin en la lengua de Voltaire, Goethe o Tolstói? ¿Era la persuasión la categoría retórica de la revolución cultural maoísta? (Lezama Lima se preguntaría: “¿Por qué el espíritu occidental no pudo extenderse por Asia y África, y sí en su totalidad en América?”.⁸) ¿Es la persuasión la categoría retórica de la interminable serie de *Tirano Banderas*? En ‘Nuestra América’, José Martí escribiría lo siguiente: “Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador”.⁹ Sería difícil encontrar otro texto como éste donde el pretexto de América haya quedado fijado de una manera tan confusa y fatídica. ¿Crear equivalía o equivale a persuadir? ¿Qué arte de escribir estaba o está en juego? Si el gobernante es un creador, ¿dónde reside la soberanía? ¿Son también creadores los gobernados o espectadores? ¿Equivaldría lo que el pueblo *dijera* a lo que el gobernante *creara*? ¿Es, por el contrario, la política una mera cuestión de estética de la recepción o del consenso? ¿Qué clase de purgatorio o purificación es la tiranía? *Catarsis*, como es sabido, es un término trágico de la comparación entre los antiguos y los modernos, a medio camino entre la poética y la retórica.¹⁰ Martí legaba al siglo XX la preocupación por que una constitución fuera propia: “Con un decreto de Hamilton —escribió en ‘Nuestra América’— no se le para la pechada al potro del llanero”. Era un argumento que el secesionista John C. Calhoun o los estalinistas habrían aprobado sin reservas. Pero ¿en qué, si no en un decreto, podría pensar el legislador? ¿De qué otro modo podría poner en práctica sus intenciones?

En cualquier caso, no sería posible leer la escritura de ensayo en ninguna lengua sin tener en cuenta la primera enmienda constitucional sobre la libertad de conciencia y expresión, una enmienda, de hecho, a la totalidad de la literatura, a la *Weltliteratur*. En sí misma, la intención de la escritura de ensayo es la de convertirse en la escritura más libre y convincente de la literatura —libre de la

⁸ JOSÉ LEZAMA LIMA, *La expresión americana*, Alianza editorial, Madrid, 1969, p. 185. El autor aún vivía cuando se editó este libro, que tiene, por tanto, cierta autoridad. Reproducía la primera edición del Instituto Nacional de Cultura de Cuba de 1957.

⁹ JOSÉ MARTÍ, ‘Nuestra América’, en *Antología*, edición de Julio Ortega, Salvat, Barcelona, 1972, p. 19. “Martí —dice el editor— había procedido a la construcción mítica de una independencia [de Cuba] previamente fundada en la actividad verbal.” Esta *Antología* fue para muchos lectores, entre los que me cuento, el descubrimiento de Martí y estaba dedicada a José Lezama Lima.

¹⁰ Véase, por el contrario, el siguiente pasaje sobre Lincoln: “La figura de Lincoln es original en los anales de la historia. Ninguna iniciativa, ninguna fuerza de persuasión idealista, ninguna actitud ni pose históricas. Da siempre a sus actos más importantes la forma más anodina. Mientras cualquier otro que lucha por una pulgada de tierra proclama que lucha por una idea, Lincoln, que lucha por una idea, habla de ella como de una pulgada de tierra... Los más formidables y los más históricos decretos que arroja al rostro de los adversarios parecen, y se esfuerzan por parecer, cargos de rutina que un abogado opone al tribunal, chicanas jurídicas, quejas mezquinas y convenientemente dictaminadas por tal artículo del código”. Lo escribió Marx (CARLOS MARX Y FEDERICO ENGELS, *La sociedad norteamericana*, prólogo de R. Dangeville, traducción de J. Bignozzi, Abraxas, Buenos Aires, 1972, p. 99).

ficción de la novela y el drama, libre de la pasión poética, libre incluso del entretenimiento del público y de las reglas genéricas, una prosa pura, diría Reyes, como la de la estatua del Cinosargo¹¹—, pero no siempre ha podido expresarse con franqueza, y la conciencia de cada una de las amenazas que pesan sobre una forma literaria no podría haberse conservado como una condición secreta de su vigencia si no hubiera sido posible librarse de la tentación del mal: el ensayo suponía la conciencia y la expresión de una idea del bien moral y político. En 1828, William Hazlitt escribió su ‘Despedida a la escritura de ensayo’. Por encima de las vicisitudes personales del autor, su ensayo podría leerse como reza el título: una despedida a la escritura característica de la tradición de libertad de pensamiento en Europa que había empezado en la antigüedad, con la que el escepticismo había ensayado una precaria independencia espiritual y a la que el romanticismo, dividido entre la revolución y la reacción, habría dado fin.¹² En 1841, Ralph Waldo Emerson publicó la primera serie de sus *Ensayos*, encabezada significativamente con un ensayo dedicado a la ‘Historia’ o a la independencia de la historia: casi involuntariamente, Emerson leía como un ser superior toda la escritura previa de ensayo, pero no escribía como un ser superior a sus lectores. Aún había —decía Emerson— que leer y escribir la historia. Incapaz de imaginar el mal, Emerson saludaba de nuevo la escritura de ensayo.¹³

¹¹ ALFONSO REYES, *La crítica en la edad ateniense. La antigua retórica*, Obras completas, vol. XIII, FCE, México, 1997, p. 182.

¹² WILLIAM HAZLITT, ‘Despedida a la escritura de ensayo’, en *El espíritu de las obligaciones y otros ensayos*, traducción de J. Alcoriza y A. Lastra, Alba, Barcelona, 1999, pp. 207-216. El ensayo, parecía advertir Hazlitt, no era susceptible de convertirse en un procedimiento impersonal o positivista. Según Harold Bloom, Hazlitt era el heredero “izquierdista” de Samuel Johnson, el crítico canónico por antonomasia.

¹³ RALPH WALDO EMERSON, ‘History’, en *Essays and Lectures*, ed. by J. Porte, The Library of America, New York, 1994, pp. 237-256. (En el poema que encabezaba el ensayo y que, por tanto, era la vía de acceso a los *Ensayos*, Emerson reclamaba como propios “el corazón de Cristo y la estirpe de Shakespeare”.) Recuérdese que Emerson incluía a Platón y a Montaigne, los creadores del ensayo, entre los *Hombres representativos*, caracterizándolos respectivamente como el “filósofo” y el “escéptico”, y que el ensayo central de la escritura emersoniana, ‘Experiencia’ (en la segunda serie de los *Ensayos*, publicada en 1844), reproducía el título, y más que el título, del último ensayo de Montaigne mientras, como Sócrates, dialogaba con los jóvenes trascendentalistas. En ‘Historia’, Emerson escribió que “Prometeo vencido es el romance del escepticismo”. Cuando Emerson viajó a Europa en vísperas de las revoluciones de 1848, se enteró de que los revolucionarios franceses y alemanes, que pronto serían derrotados y encontrarían refugio en la historiografía, leían con atención sus *Ensayos*. En la primera traducción francesa de Emerson, publicada esotéricamente como respuesta a la proclamación del Segundo Imperio y donde por primera vez se hablaría, en una lengua distinta a la inglesa, de “filosofía americana”, el autor era presentado como “ciudadano americano”: una nueva filosofía que hablaba a una vieja civilización (véase RALPH EMERSON, *Essais de philosophie américaine*, traduits en français et précédés d’une introduction par Émile Montagu, Charpentier, Paris, 1851). Aún está por descubrirse la inmensa influencia de Emerson en el círculo de amigos del joven Nietzsche que presenció la proclamación del segundo *Reich*. La “filosofía americana” era republicana por naturaleza, como sabía Martí cuando pensaba en la independencia cubana del imperio español y de lo que acabaría llamando el “monstruo” norteamericano.

(Bastaría comparar la monumental biografía de Napoleón que Hazlitt dejaría inacabada a su muerte en 1830 con la breve semblanza que le dedica Emerson en los *Hombres representativos* para captar la transición de una escritura de ensayo a otra. Todo cuanto Martí escribiría sobre el general y presidente Grant, por ejemplo, proviene de esa tentativa cesarista de la democracia y advierte de las vacilaciones caudillistas en sus escritos.)

Sería difícil exagerar la importancia que ha tenido en Hispanoamérica el desprendimiento emersoniano de los prejuicios y las supersticiones, la confianza en sí mismo que predicaba ('Confianza en sí mismo' era el ensayo que seguía a 'Historia'). Al renovar el género literario, moral y político del ensayo en la lengua de Shakespeare y de la versión jacobea de la Biblia ("I am owner... Of Lord Christ's heart, and Shakespeare's strain"), Emerson le daba a su escritura una persuasión constitucional que ha trascendido esa misma lengua hasta poner en tela de juicio los prejuicios y las supersticiones de la otra gran lengua americana —la española—, que nunca, creo, ha persuadido ni constituido moral, política o literariamente a los pueblos de habla española. ¿Sería equiparable el lema modernista de "rezar a Jesucristo y hablar en español" con la trascendencia de Shakespeare, la Biblia y Emerson? En cierto modo, el español sigue siendo, para los pueblos de habla española, una facilidad de la comunicación y los préstamos o las contaminaciones de otras lenguas y de otros idiomas no sólo son lingüísticos. En el arco del ensayo hispanoamericano que podríamos trazar desde José Martí hasta José Lezama Lima, con la efigie clave de Alfonso Reyes en medio, la lengua española sería un "pretexto"; como ensayistas —en mi opinión, los ensayistas más representativos de la escritura hispanoamericana—, cada uno de ellos fue consciente de las deficiencias literarias, morales y políticas que les habrían llevado a proponer el descubrimiento de "Nuestra América" (en franca oposición a "la verdad de los Estados Unidos") o a estudiar escrupulosamente "la expresión americana", por citar dos sintagmas casi contradictorios, aunque eminentemente correlativos, en el estado de ánimo que los inspiraba. "Nuestra América" era, para Martí, una apelación revolucionaria, una declaración de independencia accidental que no tendría, al cabo, consecuencias en la historia; "la expresión americana", por el contrario, era una interpelación solitaria de Lezama Lima, una admirable y patética comunión aristocrática con el pasado en un momento revolucionario. (El paraíso no sería el fin de la historia: "Podemos empezar", así terminaba *Paradiso*.) Reyes quiso ser, entre ambos, un escritor universal y ensayó con los mundos de Grecia y de Alemania, de España y de América, hasta perfeccionar la lengua sin dejar de ser por ello, como creo, un Prometeo vencido. La guerra cubana de la independencia, la revolución mexicana o la revolución castrista de las que Martí, Reyes y Lezama Lima fueron, sobre todo, víctimas —Emerson los habría llamado víctimas de la expresión, de la falta de persuasión de la tiranía—, no dieron lugar a un arte de escribir constitucional, y la escritura constitucional es una buena vara de medir una literatura, como la hispanoamericana, amenazada casi sin excepciones de desmesura. Mi propósito en estas páginas era el de volver a leer como pretexto de América algunos textos o escrituras de ensayo de Martí, Lezama Lima y Reyes, manteniendo deliberadamente la ambigüedad —lingüística, política, moral, literaria— del

significado de América entre la Constitución de los Estados Unidos y la inconstitucionalidad (o el eterno estado constituyente) de Hispanoamérica. Un gran contemporáneo de Reyes, el pragmatista John Dewey, escribió que la “americanización... nos conduce a cuestiones del más amplio alcance filosófico”.¹⁴ El pretexto de América o de las Américas —la eterna cuestión de la unidad y la pluralidad— nos obliga a tratar de temas universales, a ser persuasivos. Martí, sin embargo, había escrito que las repúblicas eran incapaces de conocer la verdad y que la tiranía debía purgarlas. Carente de persuasión, sin embargo, la tiranía impone siempre el silencio.

‘Nuestra América’ se publicó en *El Partido Liberal* de México el 30 de enero de 1891, un año antes de que Martí se entregara por completo —pasando de las letras a las armas— a la causa de la independencia cubana. Desde entonces se ha leído con fervor como una especie de himno de batalla al que los diarios de campaña habrían puesto una letra terrible. Cualquier lector de Martí ha pasado, creo, por esa prueba de sinceridad y afecto. Sin embargo, el contexto de ‘Nuestra América’ y el pretexto de “Nuestra América” se encontraban en la imponente escritura de Martí como corresponsal de prensa en los Estados Unidos, una escritura de exilio superficialmente informativa y profundamente concernida con las posibilidades republicanas de la existencia humana.¹⁵ En mi opinión, ninguno de los observadores que han tenido los Estados Unidos en sus distintas fases —Edmund Burke, Alexis de Tocqueville, lord Acton, Karl Marx, Charles Dickens, James Bryce, Oscar Wilde o Max Weber, por citar sólo a algunos de los más ilustres— ha dado una visión tan clara del problema planteado por la Declaración de Independencia americana: un problema, según Martí, de “cambio de espíritu” en lugar de “cambio de formas”, como escribiría en ‘Nuestra América’. La escritura de sus ensayos (norte)americanos es casi una emulación de la escritura de Thomas Paine, extranjero como Martí en los Estados Unidos, una escritura dividida entre el momento excepcional de la “crisis americana” y el momento constitucional de “los derechos del hombre”, o de la escritura de Henry Adams, del inmenso poder de la escritura, como lo ha llamado Javier Alcoriza,

¹⁴ JOHN DEWEY, *Viejo y nuevo individualismo* (1930), introducción de R. del Castillo, traducción de I. García, Paidós, Barcelona, 2003, p. 142. “Pragmatismo” sigue siendo un término peyorativo en el contexto hispanoamericano: véase, por ejemplo, el uso que hace de él el profesor Cervera en su artículo.

¹⁵ No consigo entender las razones por las cuales ‘Nuestra América’ no figura, ni siquiera como apéndice —a diferencia de ‘La verdad sobre los Estados Unidos’, que cronológica, y tal vez espiritualmente, cae fuera de la etapa cubierta por Martí como corresponsal y sobre el cual recae un privilegio de la lectura que yo considero más ideológico que literario— en la monumental edición crítica, y sin duda definitiva, de *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, coordinada por Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, Colección Archivos, ALLCA XX, Madrid, 2003. Como lector tengo razones para estar infinitamente agradecido por esta edición, pero en ediciones mucho más modestas de las crónicas martianas (como la Andrés Sorel, con el mismo título, publicada por Alianza en 1968) sí que consta el texto clave de Martí. ‘Nuestra América’ no se entiende sin la escritura de *En los Estados Unidos*, pero *ex post facto*, *En los Estados Unidos* parece un pretexto sin ‘Nuestra América’, es decir, sin “Nuestra América”.

para reforzar la persuasión americana en lugar de la disuasión.¹⁶ *En los Estados Unidos* de Martí es, sin duda, una obra comparable a *La educación de Henry Adams* no sólo por la coincidencia temporal de sus autores sino por la distancia que los separa, la insalvable distancia entre un patricio escéptico como Adams y un plebeyo (o criollo) obstinado como Martí. Pero un plebeyo obstinado tal vez estuviera en mejores condiciones de captar la corrupción republicana tras la guerra civil americana y el periodo de la reconstrucción que un patricio escéptico situado demasiado cerca del poder. Las crónicas de Martí lo registran todo, desde lo más elevado a lo más bajo de la vida americana. Su escritura capta —en algunos momentos con piedad— la agonía espiritual de los Estados Unidos: hay muchas páginas necrológicas de *En los Estados Unidos* (los ensayos sobre Emerson y Grant fueron escritos *in memoriam*) que advierten que el lector tiene entre manos una excepcional obra historiográfica, un compendio de decadencia y caída de un imperio; pero también hay muchas páginas llenas de esperanza o de impaciencia por la suerte de los obreros y de las razas, de las mujeres y de los pueblos —por emplear las entradas características de los estudios culturales— y, sobre todo, de las relaciones de los Estados Unidos con Hispanoamérica. Entonces como ahora, “es preciso que se sepa en nuestra América la verdad sobre los Estados Unidos”.¹⁷

Entonces, en 1894, como ahora, más de un siglo después, la verdad es difícil de encontrar y de expresar, como siempre lo ha sido. Martí publicó en Nueva York —desde las trincheras de Cuba— una especie de programa e involuntario testamento que revelara “aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestran las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos”, y desde entonces ésta ha sido la única verdad sobre los Estados Unidos para muchos hispanoamericanos, una verdad preconcebida e inútil, sin embargo, tal vez un prejuicio y una superstición que se impusieron en los debates morales y políticos del siglo XX hasta quedar reducidos a propaganda, una propaganda semejante, supongo, a la retórica que se quería combatir. No diré que esas “dos verdades” sean mentira; me limitaré a decir que, como cualquier otra manifestación de averroísmo, sólo ponían de relieve que es difícil saber cuál es la “patria” o la pertenencia de hombres como José Martí, a qué se deben cuando hablan, a quién se dirigen y quién oye lo que dicen. La franqueza de Martí no era la propia de un hombre perseguido, pese al exilio y el combate; era la expresión libre de un hombre que había entendido, como pocos, la diferencia entre un arte de escribir sometido a la tiranía y la persuasión constitucional. Casi podría decirse que hay más silencio en la obra de Henry Adams que en la de Martí.

¹⁶ Véase JAVIER ALCORIZA, *El poder de la escritura. La ética literaria de Henry Adams*, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Universitat de València, Valencia, 2003.

¹⁷ JOSÉ MARTÍ, ‘La verdad sobre los Estados Unidos’, en *En los Estados Unidos*, pp. 1753-1756. El artículo era la primera plana de *Patria*, el último esfuerzo periodístico de Martí.

En la última página del prólogo al tercer y último volumen de sus *Obras escogidas* editadas por el Centro de Estudios Martianos se lee lo siguiente:

Las gloriosas ideas de Martí vivieron y fructificaron en la ejecutoria de los mejores hijos de nuestro pueblo durante las abnegadas luchas de casi seis décadas por conquistar la república independiente y justa que en su mente de prócer modeló. Y esas ideas patrióticas y socialmente avanzadas, se unieron a las concepciones marxistas-leninistas de emancipación social —el signo de los tiempos nuevos—, para presidir gloriosamente hoy, alzadas con firmeza por el más ejemplar de sus continuadores, Fidel Castro, la patria libre, independiente, próspera y feliz que ha convertido en realidad el sueño más hermoso del héroe de Dos Ríos.¹⁸

Cualquier lector de las cartas de Martí a Manuel Mercado se preguntará si era éste el destino de la “comunicación espontánea de los hombres de mente más alta y mejor corazón en la América que habla castellano”.¹⁹

Martí confesó a Mercado: “Sé desaparecer”. Podríamos considerar *La expresión americana* de Lezama Lima el presagio de una desaparición. Es un libro concebido entre dos tiranías y opone, a la falta de persuasión, una exquisita recreación de la transformación de la lengua española en Hispanoamérica en cinco etapas: ‘Mitos y cansancio clásico’, ‘La curiosidad barroca’, ‘El romanticismo y el hecho americano’, ‘Nacimiento de la expresión criolla’ y ‘Sumas críticas del americano’.²⁰ Lezama aún buscaba un “espacio gnóstico,

¹⁸ JOSÉ MARTÍ, *Obras escogidas en tres tomos*, Colección Textos Martianos, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana, 1981, vol. III, p. 13. Nadie firma el prólogo. Hay una segunda edición, publicada por la Editorial de Ciencias Sociales de La Habana, de 1992, que no he podido consultar. La presencia del Centro de Estudios Martianos es abrumadora en la bibliografía sobre Martí.

¹⁹ Véase la última carta, escrita e inconclusa un día antes de morir en combate, en *Antología*, pp. 165-8, y los fragmentos (con errores de fecha) de *En los Estados Unidos*, pp. 1763-4. La correspondencia de campaña encierra reflexiones casi incompatibles con el ánimo de los *Diarios*, que a veces se resumía en dos palabras: “Escribir, leer”. “Quiere la Revolución —le dijo a Mercado— a la vez sucinta y respetable representación republicana”.

Naturalmente, esa representación republicana no podía confundirse con la farsa de la restauración y la política colonialista fomentada por José del Perojo, el gran rival intelectual de Martí, al menos según lo que una oposición entre un filósofo formado en el rigor del neokantismo y un poeta —un “Rojas Zorrilla cubano”, llama Perojo a Martí— ofrece al lector contemporáneo. A Martí, conocedor de la mucho más violenta pugna entre los *bosses* neoyorquinos, Perojo tenía que parecerle un político sin escrúpulos de tamaño mucho menor y seguramente un ejemplar, en comparación con Emerson, de la pacata filosofía académica. Es curioso que Perojo hubiera expuesto, en el prólogo a sus *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania* (1875), que el ensayista debía poner “de su parte algo propio... lo que claramente quiere decir que contiene cosas que no son admitidas todavía y que se ofrecen al lector para que las apruebe o desapruebe”. Esa especie de osadía está ausente por completo de las empresas políticas de Perojo durante la Restauración. Véase *Artículos Filosóficos y Políticos de José del Perojo (1875-1908)*, ed. de M^a Dolores Díaz Regadera *et al.*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2003.

²⁰ Además de la edición citada, debe verse la publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1993 a cargo de Irlemar Ciampi, sobre la que se basa la traducción francesa de Maria Poumier, *L'expression américaine*, L'Harmattan, Paris, 2001, cuyo conocimiento debo a Pío E. Serrano. Cito siempre por la edición de Alianza.

abierto”, una “posibilidad infinita” para la literatura antes de encerrarse en el hermetismo y la clandestinidad. *La expresión americana* era, entre otras muchas cosas, una respuesta a *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler y una investigación sobre el lugar donde se encontraba “el centro de gravitación de esa recepción de influencias” que debía ser la cultura. También era una respuesta a Martí y al “germen del complejo terrible del americano: creer que su expresión no es forma alcanzada, sino problematismo, cosa a resolver”. Lezama Lima se resistió a la autoctonía con una fuerza lacónica, pero reconoció en Martí “la adquisición de un lenguaje”. El pasaje explícito de *La expresión americana* sobre Martí resulta esclarecedor: “He ahí la prueba más decisiva, cuando un esforzado de la forma, recibe un estilo de una gran tradición, y lejos de amenguarlo, lo devuelve acrecido, es un símbolo de que ese país ha alcanzado su forma en el arte de la ciudad”. ¿Cuál era el arte de la ciudad y por qué lo llamaba así? No podía ser el arte de escribir entre líneas, propio de la persecución, que había practicado, por ejemplo, fray Servando, “el primer escapado”, como lo apoda Lezama Lima. Debía ser, por el contrario, un arte de escribir libre y persuasivo. La libertad y la persuasión, sin embargo, se teñirían pronto de nostalgia: *Paradiso* sería la expresión de algo muy remoto en el pasado, del cansancio barroco de “una naturaleza que interpreta y reconoce, que prefigura y añora”. Así terminaba *La expresión americana*, que había empezado recreando un mito fundamental: el de las águilas que sobrevuelan la ciudad e impiden dormir a sus habitantes dejando caer una piedra de sus garras.

Esa imagen de Lezama Lima correspondería a Alfonso Reyes si no nos recordara otra imagen relacionada con las águilas que devoran a Prometeo vencido. Hay una jerarquía espiritual o artística, y cierto desdén, en ambos mitos que condice muy bien con la idea de una “inteligencia americana”. De hecho, el aprecio de Lezama Lima por el barroco como una eminencia cultural bebía en las fuentes coloniales que Reyes, como Martí, había descubierto en las repúblicas hispanoamericanas y que condicionarían esa tarea deconstructiva *avant la lettre* que Reyes emprendería con *El deslinde* y que hoy, si fuera apreciada de nuevo, harían las delicias de los críticos culturales. Pero *El deslinde* —la obra cumbre de Reyes— se basaba en un “imperativo de continuidad”: al pasar de la teoría literaria a la política, Reyes se enfrentaría a un fraccionamiento mucho más minucioso que el de sus procedimientos ideológicos. “La independencia americana —escribió, y la frase resulta ambigua— resulta un fraccionamiento.”²¹

Los *Ensayos sobre la inteligencia americana* reunidos por el profesor Maestre comprenden una serie de intervenciones públicas de Reyes desde 1932 hasta 1943 y nos devuelven al punto donde comenzaban estas páginas: a la consideración de la lengua como algo más que una facilidad de la comunicación. El esfuerzo de Reyes por reconstruir “Nuestra América”, un lema recurrente en la argumentación del autor, es admirable y recorre todo el espectro americano: América como paraíso, utopía, república, imperio o tiranía. “Ved —dice— cómo,

²¹ ALFONSO REYES, *Ensayos sobre la inteligencia americana*, introducción y selección de Agapito Maestre, Tecnos, Madrid, 2002, p. 58.

a medida que se agranda América, se alza Montaigne.” La referencia al creador del ensayo es preciosa para los lectores: América sería, en sí misma, un ensayo o una “utopía constitucional”. Esta fórmula serviría para cerrar todas las consideraciones que he tratado de poner de relieve, pero serían incompletas sin el sentido que Reyes le dio: por utopía habría que entender la falta de un lenguaje político. La falta de un lenguaje político es preferible a la falta de persuasión de la tiranía, porque la falta de persuasión no excluye el lenguaje. El tirano tiene un lenguaje e impone el silencio. El reconocimiento de la falta de un lenguaje político corre parejas en Reyes con otro reconocimiento que, formulado hace más de medio siglo, podría proporcionar, al menos, una pauta de juicio para la literatura hispanoamericana contemporánea: “Nuestra América —escribió en 1941— no ha producido *todavía* un Dante, un Shakespeare, un Cervantes, un Goethe”. La cursiva es de Reyes. Yo no querría darle más énfasis al proponer esta frase como una reflexión para el presente.